

BLANQUILLA, cuento para hacer dormir feliz a un niño

Érase que se era... una pera. La pera Blanca. Aunque como era la pequeña, sus hermanas la llamaban Blanquilla. Blanquilla era muy común: verde por fuera, con una hoja en el rabo y un tamaño razonable para ser la menor. Se parecía mucho a su 35ª hermana, porque las dos tenían forma de seis en vez de la habitual forma en ocho que tenía la mayoría (aunque no era mayoría absoluta). Pero no era ésa la cualidad que la distinguía de las otras peras. Su corazón era de un blanco nítido y deslumbrante, de ahí le venía el nombre. (O no, porque si sus hermanas sólo veían su exterior verde como los demás, no podían saber lo blanco que tenía el corazón.) Perdón, debió ser al revés. De llamarle Blanca se le volvió puro el corazón y el nombre (¡ah, ya recuerdo!) le venía por el resplandor que se creaba a su alrededor cuando no era más que una flor y reflejaba en sus pétalos los tímidos rayos del alba.

Blanquilla era la pera más inmadura de todas. No paraba de reír y jugar: con el viento, meciéndose en la rama de donde colgaba; con la lluvia, intentando esquivar las gotas que le limpiaban la piel y que ella adoraba; con el sol, cuando competía con sus hermanas a ver quién conseguía eclipsárselo a más peras... Pero siempre que tenía que hacer algo por sus hermanas o por su padre, el Señor Peral, obedecía y ayudaba (hacía caso a su corazón). Como aquella vez que vino una bandada de pájaros a picotear a sus hermanas mayores. ¡Qué brincos pegaba para ahuyentarlos!

Y, sin embargo, pasaba desapercibida. Claro. No era la más grande. Ni la más apetecible. Tampoco se veía fea, como la 14ª, o excesivamente madura, como la 6ª, que era a la que más le daba el sol. Era una hija más del anciano Señor Peral.



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/) 3.0 (Unported License)

De vez en cuando veía llegar al amo y cómo tocaba a sus hermanas. Nunca se había preocupado por esto, era algo natural, el Señor Peral se lo había dicho; pero para no preocuparlas no les había dicho que un día las arrancarían de sus ramas. El amo era muy bueno con ellas. Las protegía de los insectos y se ocupaba de que la tierra estuviese limpia de malas yerbas para que el Señor Peral echara sus raíces cómodamente y las mantuviera alimentadas.

Empezó a mosquearse Blanquilla, no porque las moscas vinieran a ella, como a sus otras hermanas, sino porque el amo había aumentado sus visitas. Ahora venía casi todos los días y tocaba a muchas de sus hermanas. Un día, incluso, la tocó a ella. Sintió cómo su piel rugosa apretaba suavemente su carne. ¿Por qué haría eso?, se preguntaba.

El Señor Peral estaba triste. Blanquilla intentaba consolarle, con sus juegos y diversiones. Aunque ya era algo más madura, no había perdido su alegría. Pensaba que quizá se debía a que las hermanas 2ª y 6ª se habían muerto. Un día habían madurado tanto que no pudieron aguantar más en la rama. Y allí seguían, a merced de pájaros, larvas e insectos. Por eso ella no quería llegar a madurar tanto, para poder seguir con su padre y sus hermanas.

El día llegó. Y a Blanquilla le dio miedo. ¡El amo, que tanto las había cuidado hasta entonces, había venido con su hijo y estaba arrancando a sus hermanas del árbol!

-¡Amo, amo! ¡No nos separéis de nuestro padre! ¡Nos vas a matar, amo!, gritaba Blanquilla desconcertada, al igual que sus otras hermanas.

-Tranquilízate, Blanquilla. Tenía que llegar. Ahora se os llevará a casi todas y yo quedaré solo hasta que vuelva a vestirme de flores la Primavera. –le dijo, tierno, el Señor Peral – Además, él no puede oírte. Su oído no capta nuestra voz.



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/) (Unported License)

-¡Padre, yo no quiero separarme de ti!

-Sé valiente, Blanquilla.- Y el Señor Peral se puso a llorar.

La cogieron. Sintió dolor. Era el tallo. La habían separado de la rama. ¿Cómo iba a comer ahora? ¿De dónde sacaría el agua que mantenía su piel tersa y bella? (que lo valiente no quita lo cortés ni lo bueno lo coqueto). La tiraron –¡Ay!– en un capazo con el resto de sus hermanas. En el árbol no quedaban ya muchas. Sólo habían dejado con el Señor Peral a la 52ª, la 25ª, la 83ª (bueno, no hará falta que las nombre todas, ¿no?) que eran las que estaban demasiado maduras, demasiado verdes, o con picotazos de pájaro que las había estropeado.

Blanquilla se sentía incómoda, apretada; ya no podía ver el sol. Sus hermanas se lo tapaban. Ya no oía a su padre. Pensó que se iba a morir, que se iban a morir todas. Clamó contra el amo y lloró desconsoladamente ante la injusticia que se acababa de cometer. Además, no podía quitarse de la cabeza que al Señor Peral lo iban a matar también.

De repente sintió que se movía. Alguna de sus hermanas, que estaba en la parte alta del capazo, se quejaba de los golpes y de que estaba rodando a un lado y a otro sin poder controlar sus movimientos. Al menos ella estaba prácticamente inmóvil. Y tampoco se podía quejar tanto de la presión, como otras hermanas suyas que estaban en el fondo. Era una pera con suerte, a pesar de todo. (Fundamentalmente con la suerte de ser optimista ante la vida).

El movimiento, lo cansada que estaba de llorar y gritar, la oscuridad... Se había dormido... (Sssh) No se enteró del trayecto que hicieron hasta llegar a la casa del amo.



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/) 3.0 (Unported License)

Nunca hubiera imaginado que era tan grande, ella que siempre la había visto como un puntito allá a lo lejos, insignificante.

-¡Eh!¡Eh!

Se despertó. Las peras gritaban. Las sacaban del capazo. Había varias manos. Las separaban. Las metían en bolsas. Cogieron a Blanquilla. La metieron en una bolsa nueva. Metieron más peras. Y más. Cerraron la bolsa.

(Tiempo)

(Tiempo)

Blanquilla estaba asustada. Ninguna se atrevía a decir nada. Eran muchos cambios. Por dentro se preguntaban qué harían con ellas. Todavía no entendían nada. La marisabidilla de la 41ª decía que las iban a quemar, como hacían con las malas yerbas. Las peras se asustaron aún más, pero no creían que el amo fuera capaz de cambiar tanto. ¿Para qué las habría cuidado si no? Blanquilla lo captó de pronto: si no las hubieran separado de su padre, habrían muerto como las 2 que cayeron; y seguramente las que quedaron en el árbol morirían también.

Al intentar decírselo a sus hermanas, ninguna le hacía caso. Eran todas mucho mayores que ella, y creían que sólo quería bromear. En vista de que no querían escuchar su opinión en el debate abierto “Derecho de las peras a permanecer en su árbol” que se había formado, se quedó inmóvil en el fondo de la bolsa y escuchó cómo sus hermanas discutían sin llegar a ningún acuerdo.

Ajenos a la discusión, los insectos percibieron el olor de la fruta y se abalanzaron sobre la bolsa. Se acercaron sin hacer mucho ruido porque sabían que así las podrían pillar desprevenidas. El amo la había cerrado bien y no podían entrar.



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/) 3.0 (Unported License)

Blanquilla lo advirtió e intentó avisar a sus hermanas, pero seguían sin hacerle caso. Como eran ya muy maduras, estaban muy exaltadas en su discusión, y hacían muchos gestos con el rabo. La 83ª se puso muy nerviosa y empezó a moverlo deprisa, muy deprisa y sin control, como para intimidar a sus hermanas. Y en una de esas... ¡Ahí va!

(Tiempo) Rompió la bolsa. Era un agujero pequeño, pero suficiente para que pudieran entrar los mosquitos y las moscas.

¡Cómo las odiaban! Las moscas podían dejar larvas en tu interior y después te salía un gusano. ¡Agh! Era repulsivo sólo pensarlo. Y en el campo se podían defender mejor, porque el amo les ponía insecticida. Pero con la última lluvia se habían quedado sin una sola gota de insecticida. Estaban a merced de las moscas. Sus hermanas, al oír el zahiriente zumbido cíclico de las pequeñas alas se quedaron de una pieza (de fruta). Por suerte las moscas no eran muchas y sólo estropearon unas pocas, y otro tanto los mosquitos. Pero qué desdichadas se sentían al saber que se iban a quedar feas y deformes. ¡Y ya no tenía solución!

Como quiera que el amo hacía rato que se había ido y se había quedado todo a oscuras, con el cansancio del ajetreado día se durmieron sus hermanas. Blanquilla, que había dormido en el trayecto, ya no tenía sueño, y al preguntar, bajito, para no molestarlas:

-¿Hay alguna despierta?

-Sssh –le respondió una araña desde el otro lado de la bolsa.– Que es hora de dormir, aunque a mí me queda trabajo. Pera, duérmete, que mañana seguramente os llevarán al mercado para venderos, y tendrás que estar guapa para que te compren y así



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/) (Unported License)

te puedan comer. Y si no duermes, tendrás ojeras (que son esas manchas negras que a veces tienen las peras).

-¿Cómo que me van a comer? ¿Quién me va a comer? ¿Un pájaro?

-No, una persona. Las personas comen peras. Los pájaros también, pero lo hacen en el árbol y no se comen la pera entera. Las personas eligen las peras del mercado y se las llevan a su casa. Podrían cogerlas directamente del árbol, pero en el mercado les ofrecen muchas más cosas: otras frutas, carne, pescado, miel...

-¿Y qué pasa si nos comen? ¿Nos morimos?

-Sí, pero para eso nacéis. Para alimentar a los pájaros, o a las personas, o a quien sea que os puede comer. ¡Hala! A dormir, que tengo que tejer, que esto está lleno de mosquitos...

Blanquilla no podía dormir esa noche. ¿Cómo sería el mercado? Por fin sabría cómo es la fruta que no conoce, vería más gente... Pero iba a morir. Todas iban a morir. Se las iban a comer. El amo las había cuidado para venderlas. Lo tenía todo muy claro. Le hubiera gustado explicárselo a sus hermanas, pero todas dormían y, además, no le harían caso. El amo... Naranjas en el mercado... De repente estaban todas en la bolsa, abierta, con insecticida para que las moscas no se acercaran. Las personas compraban las peras y se las comían. Cada vez que alguien comía una, se oía un grito de dolor. La cogieron a ella, y cuando iban a morderla, (tiempo)

Las estaban moviendo otra vez. Vaciaban las bolsas en el capazo para llevarlas al mercado. ¡Había soñado con el mercado! ¿Sería como lo había imaginado?

No tardó mucho en descubrir que no. Había muchísima más gente, y muy diferente al amo. Veía montones de frutas, de muchos colores, había olores muy



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/) 3.0 (Unported License)

extraños. Eso era la carne, la verdura... ¡Qué emoción! Y pensar que pronto iba a morir en manos de alguien cuando la vida le traía a un lugar tan bonito.

El amo dejó el capazo en el suelo y se puso a ofrecer peras a troche y moche. La gente de vez en cuando se acercaba. Había quien se llevaba muchas, algunos se llevaban sólo una. Pero no vio a nadie comerse a una hermana suya. Cada vez que cogían a una, se despedían fervientemente: –¡Os quiero, hermanas! ¡No os olvidaré!

Pasó la mañana y llegó la tarde. Pero a ella no la quería nadie. ¿Por qué nadie se la llevaba? Una mujer estuvo a punto, pero al tocarla dijo: –No, que está muy sucia.

¡Sucia! Y qué sabría ella. Pero lo cierto era que le habían salido algunas ojeras y tenía pegado un poco de polvo del que había en el fondo de la bolsa. El amo recogió el capazo con las pocas que habían quedado y se volvió a la casa. El amo, su mujer y su hijo las sacaron del capazo y las dejaron en un estante, junto a otras frutas. Blanquilla no sabía qué era mejor, si seguir viva pero no haber logrado el objetivo de su vida (alimentar a una persona) o haber conocido la vida de otra persona y haberla alimentado a pesar de haber muerto. Además, si no alimentaba a nadie, ¿para qué vivía?

No se daba cuenta de que el amo también era persona y también se la podía comer. Y así fue como, sin darse ni cuenta, el ama cogió unas cuantas peras del estante, entre otras, ella, las lavó (¡Qué gusto sentir de nuevo las gotas sobre su piel!) y las llevó a una mesa. El hijo del amo la cogió. (Tiempo)

(Tiempo)

(Tiempo) Y le clavó un cuchillo. –¡Aaaaay!– gritó blanquilla al sentir que le desgarraban su carne. Pero se sentía feliz, porque por fin había logrado... ¿Pero qué hacía? ¿Por qué no se la comía el niño? Lo que estaba sufriendo ahora y se había



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/) (Unported License)

quedado mirándola por dentro. Se quedó así un rato. Después le dijo algo al amo y le pasó la pera. Éste también la observaba. El niño se comió un bocado y le dijo algo al amo, que también comió un poco y cortó –¡Aay!– otro trozo para la madre. Los tres se miraban boquiabiertos. Entonces el amo le hundió el cuchillo en el corazón y se lo arrancó. Blanquilla sintió que todo se paraba, que iba muy despacio... y murió.

Y murió feliz, porque había logrado alimentar a ¡tres personas! (una buena marca). Pero murió sin saber lo más importante: que la blanca pureza de su corazón, el agradable aroma que desprendía y su dulce sabor habían hecho que el amo decidiera guardar las semillas de Blanquilla (alojadas en su corazón) y plantar otro señor Peral con ellas para conseguir que las peras fueran tan buenas como ella. Peras Blanquilla.



Este relato de Luis Masutier está bajo una licencia [Creative Commons Reconocimiento-No Derivativa 3.0 \(Unported License\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/)